

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

La participación asociacionista en Rosario en las primeras décadas del siglo XX.

Sonzogni, Elida (UNR).

Cita:

Sonzogni, Elida (UNR). (2007). *La participación asociacionista en Rosario en las primeras décadas del siglo XX. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/944>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007**

Mesa Temática Abierta: N° 101

“Asociaciones, Prácticas Sociales, Políticas e Identidades (fines del XIX-1930)”

Título: La modernización “desde abajo”. Las respuestas de las clases subalternas al credo positivista. Una aproximación desde una propuesta de investigación.

Responsable: Elida Sonzogni (UNR) omnes21@fibertel.com.ar

Advertencia Preliminar

El proyecto continúa una línea de investigación que, encuadrada en la realidad local rosarina de las primeras décadas del siglo XX, da cuenta de la configuración de una identidad cultural propia de la *modernidad*, la cual va a caracterizar las prácticas sociales en los distintos segmentos de esa realidad local: la participación asociacionista, el ejercicio de los atributos de la ciudadanía (por fuera de los derechos electorales), la sociabilidad gremial o barrial, la cotidianeidad, en fin, el conjunto de pautas que rigen la interacción social de estos actores sociales quienes, más allá de su subalternidad, conforman un todo heterogéneo que alimenta el *cosmopolitismo* inherente a la ciudad portuaria. Este propósito a su vez, no descuida la incidencia que sobre tales fenómenos tienen otras variables, tales como las que derivan de su inserción en la estructura socioeconómica propiamente dicha y, fundamentalmente, la influencia de la etnicidad, teniendo en cuenta aquel rasgo estructural del espacio urbano.

En tal contexto, dos campos de socialización –como la educación y la salud- se constituyen en disparadores de reconocida fertilidad para la indagación histórica. En un trabajo anterior, destacábamos el universo de actores, prácticas, motivaciones, estrategias discursivas, mecanismos organizativos e institucionales, etc., involucrados en la propuesta emanada de la dirigencia social, tanto la vinculada al poder estatal como la expresada por la burguesía ilustrada local, señalando que quedaban pendientes de estudio, la aproximación al tipo de respuestas que aquéllas generaban.

En consecuencia, el objetivo ahora es orientar la mirada hacia el mundo de esos otros actores “desde abajo”, con la intención de conocer en su especificidad su “cultura de clase”, examinando como traducen, procesan, seleccionan, rechazan, mixturán o resignifican aquellas concepciones que vienen “desde arriba”. La ponencia que se presenta incluye básicamente, el planteo teórico que se hace sobre el tema, anticipando algunas hipótesis de trabajo las cuales deberán verificarse a partir de la confrontación con las fuentes documentales consultadas. En consecuencia, el trabajo debe ser comprendido como un mero informe de avance de los aspectos teórico-

metodológicos, postergando el tratamiento con los referentes empíricos seleccionados.

El contexto urbano rosarino de fines del siglo XIX y principios del XX

La apertura del siglo XX y sus años posteriores evidencian los cambios experimentados por Rosario. Ya en los albores del nuevo siglo, el poder local de Rosario, comandado por el inquieto intendente modernista Luis Lamas, se había comprometido a realizar lo que resultó el Primer Censo Municipal de la ciudad, evidenciando los aires de “modernización” con que se quería engalanar la ciudad portuaria. Así se indicaba que:

“...La Municipalidad carecía de una Oficina de Estadística que pudiera indicar el movimiento mensual, como lo hace ahora, de la natalidad, mortalidad, nupcialidad, intensidad de la población, etc.etc., base de la historia demográfica de todos los pueblos”¹

Los esfuerzos del relevamiento censal, habiendo sido producto de la responsabilidad y de la buena voluntad demostrada por los funcionarios municipales y los vecinos destacados, evidenciaba un notable crecimiento poblacional, comparado con el que arrojava para el Municipio el 2º Censo Nacional, datado cinco años antes. Si en 1895, el ejido municipal congregaba a 91.669 almas, el relevamiento de 1900 había certificado una cantidad superior, de 112.461 habitantes, lo cual indicaba –y de alguna manera ratificaba los presupuestos estimativos- acerca de un palpable crecimiento, ostensible principalmente en las tres primeras secciones, que representaban el 77% del total y correspondían al núcleo central en donde la actividad cívica y la sociabilidad de *élite* se combinaban otorgando la consecuente significación a tal asociación. En el mismo texto, se reconoce algo así como el “destino manifiesto” de la ciudad forjada y privilegiada por el ensayo confederal urquicista:

“La historia de los adelantos y progresos de ella (Rosario), principia poco después de la caída de Rosas. La declaración de la libre navegación de los ríos, la habilitación del puerto, la construcción de ferrocarriles, la instalación de fábricas la protección a la inmigración, el fomento de la colonización, la organización administrativa y judicial, la creación de la policía de seguridad y del régimen municipal han contribuido a que en...menos de medio siglo...la ciudad de Rosario ocupe en la república la segunda categoría...”²

A falta de actas fundacionales, de sagas de ilustres conquistadores, Rosario exhibe ya en esos momentos el conjunto de apariencias adjudicadas a las ciudades del Viejo Mundo. Las normas de edificación y los profesionales que la dirigen y/o ejecutaban reconocen los criterios europeos como los fundantes y desde los cuales se organiza la actividad edilicia, sólo diferenciada de su modelo trasatlántico por la mayor disponibilidad en la extensión de los terrenos, facilitando el mejor aprovechamiento de espacios en la construcción. Sin embargo, como lo anticipa el propio texto y lo certifican algunos viajeros críticos, la principal característica de la arquitectura urbana es su carácter ecléctico, donde conviven el chalet inglés desnudo y escueto, el rodeado de

¹ *Primer Censo Municipal de población, con datos sobre edificación, comercio e industria de la ciudad del Rosario de Santa Fe*, Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1902

² *Ibidem*

pequeños jardines, las mansiones donde se combinan de manera exagerada y no siempre elegante columnas, escaleras, mármoles y vitrales, soluciones constructivas orientadas al consumo de las clases dirigentes de la ciudad, mientras que entre los sectores cuyo poder adquisitivo responde a la “reproducción simple”, la vivienda recorre el espectro que han señalado con acierto Diego Armus y Enrique Hardoy, incluyendo el espacio colectivo del “conventillo”, la vivienda familiar casi siempre obtenida a través del alquiler y aquellas otras soluciones con un alto margen de provisoriedad, como la pensión, el albergue en el propio lugar de trabajo, o la ocupación de un mismo *habitat*, compartida por diversas familias, soluciones edilicias alternadas, con fastidiosa presteza, por el anacrónico “rancho” de adobe y paja.³ No obstante, la inauguración del nuevo siglo lleva a la ciudad del sur santafesino a ser reconocida por la publicación oficial, provista de:

“...todas las comodidades y adelantos que puede poseer una ciudad culta: teatros espaciosos donde actúan compañías de artistas, entre las que suelen venir celebridades de las más renombradas de Europa; hoteles confortables; escuelas y colegios; institutos de música; fábricas de fundición de hierro y otros metales; talleres de pintura, de escultura; alumbrado a gas común, acetileno y a luz eléctrica; aguas corrientes, un servicio de cloacas cuya deficiencia es notoria...pero que la Municipalidad procura corregirla; servicio de tramways, cuatro empresas de ferrocarriles y un excelente puerto natural con capacidad suficiente para las marinas mercantes más numerosas...”⁴

El panorama descrito en 1900 por la dirigencia municipal no cambia en los siguientes relevamientos censales de 1906 y 1910. El crecimiento de la población, la ampliación del distrito municipal, el mejoramiento de los servicios de infraestructura y transporte se suman al incremento de la población económicamente activa y a la incorporación de una mayor cantidad y diversidad de novedades, artefactos, diseños y hábitos, reiterando su carácter de ciudad moderna, sin que ello supusiera abandonar las características sobre las que basaba su desarrollo económico y social. En esta clave interpretativa, el Rosario de la primera década del siglo XX continúa articulado a la vigencia del todavía vigoroso modelo agroexportador y son las actividades de almacenamiento y transporte (encargadas de la circulación de la producción agropecuaria) las que concentran la ocupación masculina, procedente del todavía significativo flujo migratorio distribuido en la llegada de contingentes de ultramar y en el desplazamiento de oriundos de provincias limítrofes o de aquéllas que han demostrado un arraigado espíritu itinerante, como el caso de Santiago del Estero, que tradicionalmente expulsa a sus moradores hacia zonas menos dificultosas.

Pero otras novedades se derivan de la información censal ofrecida por el Censo Nacional de 1914 destacando la mayor complejidad adquirida por el mercado de trabajo. El crecimiento poblacional ha posibilitado la ampliación e innovación en las ramas de actividad, particularmente las asociadas a los sectores secundario y terciario de la economía. Esta oferta ampliada y diversificada, si bien guarda las proporciones asimétricas referidas a su impacto sobre varones y mujeres, multiplica para estas últimas las oportunidades de trabajo remunerado. Otro tanto ocurre con los grupos etarios,

³ Armus, Diego y Hardoy, Jorge E., “Conventillos, ranchos y casa propia en el mundo urbano del ‘900”, en Armus, Diego, *Mundo urbano y cultura popular*, Sudamérica, Buenos Aires, 1990.

⁴ *Primer Censo...*, *op.cit.*, págs.40 y 41

anticipando la edad de los potenciales trabajadores y -desde esta perspectiva- se manifiesta otro de los *clivajes* que segmentan el funcionamiento del mercado: los puestos de trabajo ofrecidos sobre la base de los nuevos cánones urbanos privilegian a la población europea por sobre la nativa. Los conocimientos culinarios, las cualidades para atender y disciplinar a la infancia de la *élite* parecieran ser atributos de inglesas y alemanas, así como las habilidades en la costura y el planchado son requeridas entre las francesas o italianas. La demanda de trabajadores descuenta asimismo, la capacidad adaptativa de los jóvenes italianos o las condiciones innatas que parecen tener los inmigrantes españoles para el comercio al menudeo y en consecuencia, se abre para todos ellos, una cantidad importante de potenciales puestos de trabajo. El transporte urbano, la imprenta, las actividades vinculadas a los adelantos técnicos registrados en esos años ofrecen puestos a una mano de obra que -a través de la formación sistemática en escuelas o del aprendizaje empírico acumulado en el taller o en el ejercicio de un oficio- ensayan las habilidades adquiridas en tales cargos. Quedan para los criollos, nacidos en Rosario o procedentes de otras provincias, tanto el mantenimiento de los puestos de trabajo más cercanos a las actividades del sector primario, las cuales se han incrementado con la aparición de quintas y huertas suburbanas, cuanto los trabajos temporarios originados en el almacenamiento, transporte e incluso en las tareas requeridas por el mantenimiento de la infraestructura urbana y faenas complementarias que, desde las postrimerías de la octava centuria y partir de la primera década del '900, han experimentado transformaciones significativas a través de las gestiones municipales. De esta manera, la antigua Villa ilustre y fiel ha ido consolidando superficies territoriales que a la par, redundan en hacer más notables las heterogeneidades del paisaje social. En esta clave, Juan Bialeto Massé resume en su *Informe* aquella fisonomía:

“Su urbanización obedece a los principios más modernos. Iniciada en grande escala por don Juan Canals, a quien le sucedió como a tantos otros, que sus contemporáneos no le fueron muy agradecidos, hasta los intendentes Alberto J. Paz y Luis Lamas, que le dieron un desarrollo hasta de lujo. Desde el Parque Independencia y el Boulevard Santafesino hasta la cloaca; desde el palacio hasta la humilde casa de obreros; desde el hospital moderno, completo, hasta la asistencia pública y el asilo, en todas partes donde hay un progreso real y eficaz, allí se encuentra la acción de alguno de estos tres hombres.”⁵

Si este es el panorama que el experto catalán describe para 1904, los datos censales de 1914 sugieren que a la ampliación del mercado laboral nuevamente se agrega el paralelo incremento de un consumo más diversificado. Si bien perduran las manufacturas tradicionales que responden a las viejas demandas tanto en el *consumo productivo* como en el final, la difusión de mercancías generadas por el avance tecnológico crea nuevas necesidades cuya satisfacción está condicionada por el poder adquisitivo del salario. Dentro de este agrupamiento, se inscriben objetos o hábitos no pocas veces ligados a la moda y siempre acicateados por las campañas publicitarias. El uso del automóvil o el menos oneroso y más difundido de las bicicletas se inauguran por estos años, así como los nuevos enseres domésticos, artefactos eléctricos, máquinas de fotografías, etc. que complementan modernizados

⁵ Bialeto Massé, Juan, *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas a comienzo de siglo*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985, Tomo 2, pág.248

diseños en el vestido y en el mobiliario. Este *mercado* de novedades se completa con la difusión de brebajes, jarabes y otros productos medicinales procedentes del campo de la medicina y de la higiene, a los cuales se agrega la generalización de la lectura –lograda al calor de la alfabetización- con una vasta y heterogénea oferta de libros, revistas, folletos y diarios. De esta manera, los resultados de la acción alfabetizadora ha introducido en la vida diaria de las familias trabajadoras los hábitos de lectura y complementariamente, la publicidad estatal o privada ha originado un mayor y más consistente seguimiento de los avances de la medicina y en las normas de higiene en tanto garantes de salud.

Estas transformaciones contribuyen a hacer más complejo una particular cultura urbana de la cual Rosario se levanta como un peculiar exponente. Como se señalara en otros trabajos referidos a la realidad local rosarina, la ciudad exhibe –además de su ausencia de linaje colonial- un acendrado rasgo de cosmopolitismo, producto de la ventajosa situación geoeconómica que ha implicado para los inmigrantes europeos. En general, tras el estadio atravesado en el Hotel de Inmigrantes de Buenos Aires, la información allí obtenida más la que acompañara la travesía desde los puertos europeos, señalan a Rosario y su *hinterland* como sitios privilegiados para conseguir alguna changa y mejores expectativas de vida y de trabajo. De esta manera, es habitual que la información oficial registre al puerto del sur santafesino, como el sitio elegido por la mayoría de los recién llegados, cualquiera fuera su origen. Aun cuando la representación itálica es sin duda la mayoritaria, la llegada masiva de los españoles que se acentúa particularmente desde la primera década del siglo XX, la ubica en el peldaño siguiente, completados ambos núcleos prioritarios, por franceses, ingleses, suizos, alemanes, judíos, a los que se añaden, más tardíamente, los contingentes de la población polaca y de árabes principalmente en sus nacionalidades siria o libanesa.

Hipótesis de trabajo

Ese rasgo de diversidad étnica o nacional –teniendo en cuenta por otro lado, el carácter advenedizo de su población- afecta tanto a los grupos identificados con la dirigencia local como al mundo de los trabajadores. De modo que las respectivas culturas de origen se constituyen en el primer anclaje protector de las identidades de estos nuevos pobladores de Rosario que llegan casi como forasteros. Pero esa contención representada por las colectividades étnicas o nacionales se aplican de manera indistinta a los distintos agrupamientos sociales, particularmente en el caso de aquellas agrupaciones nacionales mayoritarias. De esta manera, el banquero o propietario de tienda o de un restaurante de primera categoría, concurre a la Asociación Española de Socorros Mutuos, tanto como el portero del establecimiento financiero o el mozo que atiende al público en la casa de comida o en el hotel, en tanto compartan esa nacionalidad. Lo mismo ocurre en la colectividad italiana, en la cual el Circolo Italiano, Unione e Benevolenza, el Hospital Italiano u otras instituciones similares atienden o canalizan las prácticas asociativas o de asistencialidad, sin distinción de clases sociales. Menos propicias a la mezcla de sectores sociales se da entre germanos o británicos, que hacen uso de la variable étnica justamente como elemento unificador y homogeneizador para la confraternidad, la cual se vuelve a patentizar en los oficios religiosos, en los

establecimientos educativos, pero también en certámenes deportivos o en otros espacios de participación social. No obstante, la creación de este tipo de instituciones de protección de las culturas originales responden a los espíritus inquietos de la élite respectiva. La Asociación Española de Socorros Mutuos concita el entusiasmo de Luis Lejarza, Enrique Rodríguez Llamas, José Arteaga y otros preclaros representantes de la colectividad hispana y encargan al arquitecto español Francisco Roca la construcción del edificio en pleno centro de la ciudad. De la misma manera, en la colectividad italiana, la preocupación filantrópica de organizar el Hospital Italiano, fundado a fines del siglo XIX, comprueba la insuficiencia de los recursos ofrecidos por la institución, en función de la alta demanda:

“Gli ammalati affluiscono numerosi all’ospedale, che in breve risulta piccolo. Il consiglio di Amministrazione decide allora di procedere ad un ingrandimento”⁶

De esta manera, se conforma una comisión integrada por el Presidente, Luis Pinasco, el director médico Doctor Ghione y el Ingeniero Italo Religa, que planifica la ampliación de los servicios, que en tiempos de la publicación de la Memoria, incluye servicios de cirugía, medicina clínica, oftalmología, gabinete de bacteriología, pabellón de aislamiento y servicio ambulatorio. Asimismo, bajo la dirección del Avv. Giuseppe Martinoli, se destina el 50% de las camas a los enfermos necesitados, proponiendo diversas estrategias que abaraten o transformen en gratuitas las prestaciones médicas. En esta institución, como en otras similares de igual origen, se destacan apellidos tradicionales de la elite rosarina: Pinasco, Giraldo, Castagnino, Pusterla, Pusso, Minetti, Staffierim Sgrosso, entre otros.

Los *cursus honorum* de estas individualidades pertenecientes a la dirigencia local logrados a través de estrategias exitosas de acumulación no disipa las similitudes de origen étnico que mantienen con las clases subalternas de Rosario de fines del siglo XIX y de principios del XX. Es posible que entre estos burgueses, cuyo rasgo de *parvenu* es estructural a su condición de clase, exista una similitud identitaria con una clase trabajadora de análoga antigüedad e idénticas tradiciones culturales. Todas estas circunstancias estimulan a admitir que comparten la configuración de una identidad cultural propia de la *modernidad*. Sin embargo, es la burguesía la que reviste condiciones materiales de existencia que le posibilita forjar y construir una cultura ilustrada pero que, teniendo en cuenta aquella uniformidad de origen, es por lo general, fácilmente transferible desde las élites a los sectores populares. Pero las modalidades de esa transferencia adquieren una singularidad. Por las mismas razones de procedencia, el bagaje cultural transferido es asumido como autogenerado por las clases subalternas, aun cuando cobren ocasionalmente, ciertas especificidades. En general, integran aquel bagaje pautas, imaginarios, códigos, locuciones y proverbios de usos habituales en las interacciones cotidianas. Y, en ese sentido, tales representaciones tiñen las prácticas asociativas, la cotidianeidad, incluso su participación en la esfera pública, otorgando sentido específico al conjunto de pautas que rigen su interacción social. Sin embargo, las concepciones y prescripciones procedentes de la

⁶ *L’Ospedale Italiano Garibaldi*, Memoria, Rosario, 1917

dirigencia local se traducen, procesan, seleccionan, rechazan, mixturán o resignifican en los ámbitos de las clases subalternas.

Una segunda hipótesis de trabajo está referida a la combinación de elementos identitarios. A medida que avanza el calendario de las primeras décadas del siglo XX y más allá de los adelantos edilicios y la expansión más o menos regulada de los servicios de infraestructura, la progresiva complejidad que va adquiriendo el equipamiento social, las tendencias asociacionistas experimentan una ampliación de sus rasgos característicos e inaugura otros significantes. La combinación entre el proceso de crecimiento y expansión urbana por un lado y la localización de ciertos establecimientos de transformación por otro (que se suman a las instalaciones ferroviarias o portuarias de más antigua radicación) produce una nueva oferta de vínculos identitarios para las comunidades barriales. En primer lugar, y como lo señalan varios autores sobre el tema, el aumento de la ocupación a través de la Refinería de Azúcar, la cervecería Quilmas, las aceiteras y compañía de Aguas Corrientes además de los talleres ferroviarios modifican el escenario urbano y a la ciudad fenicia, denostada por los creadores artísticos o literarios pertenecientes a la *élite*, se le acopla el perfil obrero

En consecuencia, a las más antiguas organizaciones destinadas a mantener los anclajes con sus culturas de origen —expresadas en la multiplicidad de comunidades étnicas o nacionales— se añaden otras, en donde van cobrando significación tanto la experiencia laboral, acumulada a partir de la propia rutina de trabajo, interacción con compañeros y en algunos casos, la inserción lograda en sindicatos u organizaciones laborales, las cuales están muchas veces atravesadas por la militancia en agrupaciones políticas. A esta articulación principal, se anexa una nueva. Y ésta es precisamente, la devenida de la cotidianeidad barrial cuya estructuración multiplica y fragmenta los espacios urbanos, aun cuando se reproducen los *habitus* de los residentes “entre bulevares”. Pero a partir de las primeras décadas del siglo XX, tales *habitus* se reiteran en zonas cuya habitabilidad procede de las localizaciones laborales o son producto de la especulación inmobiliaria. Si el norte está caracterizado por la presencia de la empresa ferroviaria y por el emprendimiento Tornquist, el oeste debe su crecimiento a las estrategias de venta y subdivisión en lotes promovida por Juan Canals, así como otras áreas de Rosario se expanden como fruto de los negocios de los Arijón, en el sur o los Puccio en el barrio Arroyito, ubicado en el extremo norte del municipio. También a fines de la década del '10, el Concejo Deliberante admite la incorporación del Pueblo Alberdi como parte integrante de la ciudad. De esta manera, se multiplican los escenarios en donde las relaciones primarias se desarrollan. En general, la vida del barrio está cargada de significaciones que se van gestando a partir de la modalidad *face to face* en ese territorio acordado y reconocido como propio y compartido. Las interrelaciones, motivadas en intercambios simples o medianamente complejos, forjan a lo largo del tiempo una configuración cultural barrial que integra actores, saberes, códigos, usos y costumbres, representaciones, simbolismos, tradiciones, etc. y convergen en los *imaginarios sociales* compartidos. Aun cuando tales representaciones colectivas tienen como función prioritaria la de constituirse en vehículo o instrumento identitario, la base empírica motivacional deviene en muchos casos, de experiencias adversas compartidas. Pero si la rutina diaria y los

vínculos que se van conformando a partir de ella constituyen una de las fuentes de la formación de identidades urbanas conectadas con el carácter de clase, determinadas circunstancias de carácter conflictivo se sobreimprime y refuerza aquellos vínculos. En 1902, por ejemplo, la huelga de Refinería se constituye en el disparador de una secuela de movilizaciones protagonizadas por aquella clase obrera emergente de las inversiones en el sector de transformación. Y precisamente, en ella el accionar policial concluye con una víctima fatal entre los obreros, el austríaco Cosme Budislavich, lo cual provocó la reacción de un amplio marco político, particularmente entre las principales corrientes ideológicas introducidas en el movimiento obrero: anarquistas y socialistas. En general, esos primeros años hasta llegar al Centenario ofrecen un casi sistemático eslabonamiento de conflictos laborales que, desde alguna perspectiva, están encarnando dramáticamente, la *cuestión social*, expresión acuñada para ejemplificar las contradicciones entre capital y trabajo. Las huelgas convocadas por los estibadores, las marchas y conmemoraciones del 1º de mayo, la huelga general de 1905, la de carreros y de inquilinos en 1907 y ya en los prolegómenos de la conmemoración del Centenario, el asesinato del coronel Ramón Falcón en la capital federal, provocan las graves respuestas represivas por parte del Estado, resumidas en la Ley de Residencia de 1902 y la de Defensa Civil, en 1910. Debe reconocerse que también desde el ala más progresista de los gobiernos oligárquicos se pone en funcionamiento un trámite ministerial orientado a realizar un diagnóstico de la situación de los sectores populares, reclamando un estudio minucioso a reconocidos intelectuales como Juan Bialet Massé o Guillermo Rawson, entre otros.

Es destacable la repercusión que en Rosario tuvo el episodio que iniciado centralmente en Buenos Aires, conmovió otros centros urbanos. Originado en una experiencia colectiva se constituye en un adecuado punto de partida de una solidaridad de clase. Los órganos de prensa de distinta extracción ideológica informan sobre los alcances de la medida y otras características:

“La actual agitación contra la carestía de los alquileres ha despertado un entusiasmo singular ...ha llegado pues, la etapa de la expropiación. Hombres y mujeres, ancianos y niños, están contestes en reconocer que el cobro de los alquileres entraña la más inicua de todas las explotaciones”⁷

Mientras el periódico anarquista fogonea con su habitual batería de consignas el momento de lucha, el diario *El Tiempo* informa acerca de la presentación de un pliego de condiciones redactado tras un acto público en el que por asamblea se resuelve demandar la rebaja de los alquileres actuales, conjuntamente con medidas complementarias a cargo de los propietarios de mejoramiento de las condiciones de habitabilidad y compromiso, por parte de éstos, de no tomar ninguna represalia con los huelguistas. Tanto la prensa local como la nacional, dan cuenta de los distintos incidentes implicados en el conflicto así como del dinamismo de los trabajadores rosarinos convocando asambleas, realizando movilizaciones y ejercitando acciones de propaganda, tareas en las cuales no faltan decididas mujeres ni adolescentes de ambos sexos, agitando consignas y adoptando medidas de acción directa.

De este modo, los procesos por los cuales las clases subalternas se adaptan y al mismo tiempo construyen esa cultura urbana se imbrican y cobran

⁷ *La protesta*, 7/10/1907.

significaciones nuevas por la acción de variables que van más allá de su antiguo origen europeo. El inaudito crecimiento que se va registrando en la ciudad, la localización de determinados usos especializados tanto en lo que hace a lugares de trabajo como a otros espacios destinados a diferentes usos, la propia interacción primaria que se va realizando en virtud de los problemas barriales –de vivienda, de transporte, de servicios de infraestructura, etc.- o de los conflictos laborales en los que todos o la mayoría participa o se solidariza, genera un nuevo territorio en donde se desarrollan las identidades sociales; identidades que se sobreimprimen aumentando el grado de cosmopolitismo y heterogeneidad social.

Finalmente, la tercera hipótesis de trabajo se refiere a una nueva modificación que se afecta las variables que actúan sobre la formación de identidades. En este sentido, aquella combinación entre lugares de trabajo y cotidianeidad barrial, que van proveyendo anclajes y vínculos a los miembros de esa comunidad barrial van a generar, con el transcurso del tiempo, los cimientos sociológicos de un diseño de pertenencia y referencia en el espacio público, en donde el rol del vecino se superpone a la calidad de ciudadano. Este nuevo instrumento está constituido por las asociaciones vecinales, de contradictorio valor, aprovechamiento y recorrido.